

32a. Ordinario, Sábado

Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. "Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en aquella ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo: "¡Hazme justicia contra mi adversario!". Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme". Dijo, pues, el Señor: "Oigan lo que dice el juez injusto; y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? Les digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?" (Lucas 18,1-8).

Como sabemos, Jesús se valía de parábolas para enseñar a la gente, y en esta ocasión que nos narra Lucas se trataba de convencer sobre la necesidad de orar sin desánimo.

La comparación trae a un juez inicuo a quien una pobre viuda importunaba para que le hiciera justicia frente a alguien que la estaba perjudicando.

El juez, quizás porque sabía que la viuda no tenía dinero con qué pagarle, o porque el otro le estaba ofreciendo alguna dádiva, lo cierto es que no hacía ningún caso a la pobre mujer, y así pasaba el tiempo sin darle una solución satisfactoria.

La viuda, con todo, no se arredraba por ello, sino que insistía una y otra vez con aquel juez a quien sólo le interesaban las cosas terrenales y los beneficios que podía obtener de su cargo, mientras la justicia le tenía sin cuidado.

Tanto dio la mujer que llegó un momento en que aquel hombre sin escrúpulos se sintió hastiado, con ganas de salir de una vez de aquella que no cesaba de importunarlo. Así, no por justicia, sino por simple interés de librarse de las molestias que la viuda le causaba, se decidió a hacerle justicia, sabiendo que era la única forma de quitársela de encima.

Dios, desde luego, no está bien representado en la parábola por el juez inicuo, pero lo que Jesús quiere enseñarnos es que debemos imitar la actitud de la viuda, clamando a Dios día y noche.

Esto supone una actitud de fe profunda, en la seguridad de que hemos de ser escuchados. Y Jesús nos dice que Dios hará caso a aquellos que así claman a El. Sin embargo, termina la parábola con una aguda pregunta: Cuando venga el Hijo del hombre ¿encontrará fe en la tierra? Sería bueno examinarnos para saber si realmente estamos orando con esa fe y si nuestra actitud ante Dios es de total confianza, aún cuando el Señor a veces nos haga esperar para concedernos lo que estamos pidiendo.

El que ora sin fe, por más que reciba nunca ha de reconocer lo que el Señor le ha regalado.

Padre Arnaldo Bazan